

2º DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO



La liturgia del segundo Domingo del Tiempo Ordinario nos propone una reflexión sobre la disponibilidad para acoger los retos de Dios y para seguir a Jesús.

La primera lectura nos presenta la historia de la vocación de Samuel. El autor de esta reflexión deja claro que la llamada es siempre una iniciativa de Dios, el cual viene al encuentro del hombre y le llama por su nombre. Al hombre se le pide que se

coloque en una actitud de total disponibilidad para escuchar la voz y los desafíos de Dios.

El Evangelio describe el encuentro de Jesús con sus primeros discípulos. ¿Quién es "discípulo" de Jesús? ¿Quién puede formar parte de la comunidad de Jesús? En la perspectiva de Juan, el discípulo es aquel que es capaz de reconocer en Cristo al Mesías libertador, que está disponible para seguir a Jesús en el camino del amor y de la entrega, que acepta la invitación de Jesús para entrar en su casa y para vivir en comunión con él, que es capaz de testimoniar a Jesús y de anunciarlo a los otros hermanos.

En la segunda lectura, Pablo invita a los cristianos de Corinto a vivir de forma coherente con la llamada que Dios les hace. En el creyente que vive en comunión con Cristo debe manifestarse siempre la vida nueva de Dios. Aplicado al ámbito de la vivencia de la sexualidad, uno de los campos donde los fallos de los cristianos de Corinto eran más notables, esto significa que ciertas actitudes y hábitos desordenados deben ser totalmente desterrados de la vida del cristiano,

PRIMERA LECTURA

Habla, Señor, que tu siervo te escucha

Lectura del primer libro de Samuel

3, 3b - 10.19

En aquellos días, Samuel estaba acostado en el templo del Señor, donde estaba el arca de Dios.

El Señor llamó a Samuel, y él respondió:

- «Aquí estoy.»

Fue corriendo a donde estaba Elí y le dijo:

—«Aquí estoy; vengo porque me has llamado.»

Respondió Elí:

—«No te he llamado; vuelve a acostarte.»

Samuel volvió a acostarse.

Volvió a llamar el Señor a Samuel. Él se levantó y fue a donde estaba Elí y le dijo:

— «Aquí estoy; vengo porque me has llamado.»

Respondió Elí:

— «No te he llamado, hijo mío; vuelve a acostarte.»

Aún no conocía Samuel al Señor, pues no le había sido revelada la palabra del Señor.

Por tercera vez llamó el Señor a Samuel, y él se fue a donde estaba Elí y le dijo:

— «Aquí estoy; vengo porque me has llamado.»

Elí comprendió que era el Señor quien llamaba al muchacho, y dijo a Samuel:

— «Anda, acuéstate; y si te llama alguien, responde:

"Habla, Señor, que tu siervo te escucha."»

Samuel fue y se acostó en su sitio. El Señor se presentó y le llamó como antes:

— «¡Samuel, Samuel!»

Él respondió:

- «Habla, que tu siervo te escucha.»

Samuel crecía, y el Señor estaba con él; ninguna de sus palabras dejó de cumplirse.

Palabra de Dios.

1.1. Ambientación

El libro de Samuel se refiere a una de las épocas más significativas de la historia del Pueblo de Dios. Los acontecimientos narrados abarcan un arco de tiempo que va desde mediados del siglo XI antes de Cristo hasta el final del reinado de David, finales del siglo X antes de Cristo (972), y nos dan una visión global del camino hecho por el Pueblo de Dios, desde que era un conjunto de tribus autónomas y sin gran ligazón entre ellas hasta el tiempo de la reunificación, alrededor de la realeza davídica.

Los primeros capítulos del Libro de Samuel nos sitúan todavía en una fase pre-monárquica. Es una época paradójica y llena de ambigüedades.

Por un lado, se observa un proceso creciente de sedentarización, de consolidación y de unificación de las tribus en el territorio de Canaán, a partir de determinados elementos unificadores, como son los "jueces", los pactos de defensa frente a los enemigos comunes, las federaciones de las tribus vecinas y los santuarios, que periódicamente acogen el Arca de la Alianza y asientan las bases de la fe monoteísta.

Por otro lado, se observa también la precariedad de las coaliciones defensivas frente al ataque de los enemigos, la escasa conciencia unitaria, el descrédito de algunos "jueces" (sobre todo los hijos de Elí y, más tarde, los hijos de Samuel).

Las instituciones tribales se revelan manifiestamente insuficientes para responder a las nuevas exigencias, fundamentalmente la presión militar ejercida por los filisteos. El modelo monárquico de los pueblos vecinos comienza a seducir a las tribus del Pueblo de Dios y se considera la solución ideal para responder adecuadamente a los retos de la historia.

Samuel aparece en ese tiempo caótico. Pertenece a la tribu de Efraín; una tribu instalada en el centro del país, en la montaña de Efraín (donde, además, Samuel ejerce su ministerio).

El Libro de Samuel lo presenta como un "juez" (se narra su nacimiento maravilloso en los mismos moldes que el nacimiento de Sansón, 1Sm 1; cf. Jc 13); pero luego se dice que fue educado en el templo de Silo, donde estaba depositada el Arca de la Alianza (cf. 1Sm 2,18-21), lo que significa que ejercía igualmente funciones litúrgicas. Más tarde será llamado, en un período de desolación, a conducir al Pueblo en el combate contra los filisteos.

Samuel es una figura compleja y de múltiples facetas, simultáneamente juez, sacerdote y jefe de los ejércitos. De algún modo, hace de puente entre una época de confusión y de escasa conciencia unitaria, y una época donde comienza a estructurarse una organización más centralizada.

El texto que se nos propone como primera lectura presenta la vocación de Samuel. La escena nos sitúa en el santuario de Silo, donde estaba el Arca de la Alianza. Samuel, consagrado a Dios por su madre, era servidor del santuario.

Para nuestro autor, la vocación de Samuel marca el inicio del movimiento profético... Antes, "el Señor hablaba raras veces y las visiones no eran frecuentes" (1Sm 3,1); después, "el Señor continuó manifestándose en Silo. Era allí donde el Señor se apareció a Samuel, revelándole su Palabra" (1Sm 3,21).

El cuadro de la vocación de Samuel no nos presenta un reportaje periodístico de los hechos; nos presenta, sí, una reflexión sobre la llamada de Dios y la respuesta del hombre, redactada de acuerdo con el esquema típico de los relatos de vocación.

1.2. Mensaje

La primera nota que es preciso subrayar en la historia de la vocación de Samuel, es que la vocación es siempre una iniciativa de Dios ("el Señor llamó a Samuel", v. 4^a). Es Dios quien, siguiendo criterios que se nos escapan, escoge, llama, interpela, desafía al hombre.

La indicación de que "aún no conocía Samuel al Señor, pues no le había sido revelada la palabra del Señor" (v.7) sugiere, claramente, que la llamada de Samuel parte sólo de Dios y es una iniciativa exclusiva de Dios, al cual Samuel es, en un primer momento, totalmente ajeno.

Una segunda nota es sugerida por el encuadre temporal de la llamada: Dios se dirige a Samuel cuando éste estaba echado, presumiblemente, durante la noche. Es el momento del silencio, de la tranquilidad y de la calma, cuando el ruido y la confusión se acallan. La nota sugiere que la voz de Dios se hace más fácilmente perceptible al que es llamado en el silencio, cuando el corazón y la mente del hombre abandonan la preocupación de los problemas diarios y están más libres y disponibles para escuchar las llamadas y las interpelaciones de Dios.

Una tercera nota se refiere a la forma como se prepara la respuesta de Samuel a la llamada de Dios.

El autor del texto subraya la dificultad de Samuel para reconocer la voz del Señor. Yahvé llamó a Samuel por cuatro veces y sólo la última vez el joven consiguió identificar la voz de Dios.

El hecho subraya la dificultad que cualquier persona que es llamada por Dios tiene en el sentido de identificar su voz, en medio de la multiplicidad de voces y de llamadas que todos los días atraen su atención y seducen sus sentidos.

Después, sobresale el papel de Elí en el descubrimiento de la vocación del joven Samuel. Es Elí el que comprende "que era el Señor quien llamaba al muchacho" y quien enseña a Samuel a abrir el corazón a la llamada de Yahvé ("si te llama alguien, responde: "Habla, Señor, que tu siervo te escucha", v. 9). El detalle sugiere que, muchas veces, los hermanos que nos rodean tienen un papel decisivo en nuestra percepción de la voluntad de Dios y en nuestra sensibilización hacia las llamadas y los desafíos que Dios nos presenta.

Finalmente, el autor pone de relieve la disponibilidad de Samuel para oír y para acoger la voz de Dios: "Habla, Señor; que tu siervo escucha" (v. 10).

En el mundo bíblico, "escuchar" no significa solamente oír con los oídos, sino que significa, sobre todo, acoger con el corazón y transformar aquello que se oye en compromiso de vida.

Lo que Samuel está aquí diciendo a Dios es que está dispuesto a acoger sus llamadas y desafíos y a comprometerse con ellos.

Lo que Samuel está diciendo a Yahvé es que acepta el reto profético y el ser un signo vivo de Dios, voz "humana" de Dios, en la vida y en la historia de su Pueblo.

1.3. Actualización

Considerad, en la reflexión y en el compartir, los siguientes elementos:

✚ La vocación es siempre una iniciativa, misteriosa y gratuita, de Dios. Antes de nada, el profeta debe tener plena conciencia de que en el origen de su vocación está Dios y que su misión sólo se entiende y sólo se realiza en referencia a Dios.

Un profeta no se hace profeta para realizar sueños personales, o porque piensa que tiene "las cualidades profesionales" requeridas para el cargo y hace una opción profesional por la profecía. El profeta se hace profeta porque un día escuchó a Dios llamarle por su nombre y confiarle una misión.

Todos nosotros, llamados por Dios a una misión en el mundo, no podemos olvidar esto: nuestra misión procede de Dios y debe desarrollarse en referencia a Dios; no nos anunciamos a nosotros mismos, sino que anunciamos y somos testigos de Dios y de sus proyectos entre nuestros hermanos.

✚ El "cuadro" de la vocación de Samuel nos sitúa en un cuadro temporal determinado: de noche, cuando ya terminaron las tareas del día, y cuando el santuario de Silo está envuelto en calma y silencio. Probablemente el catequista, autor de este texto, no escuchó este encuadre por casualidad. Es fácil que quisiera sugerir que es más fácil detectar la presencia de Dios y oír su voz en este ambiente favorable de silencio que favorece la escucha.

Cuando corremos de un lado para otro, afanados en mil y una actividades, preocupados por realizar eficazmente las tareas que se nos confiaron, difícilmente tenemos espacio y disponibilidad para oír la voz de Dios y para detectar esos signos sencillos a través de los cuales él nos indica sus caminos.

El profeta necesita de tiempo y de espacio para rezar, para hablar con Dios, para preguntar a su corazón sobre el sentido de lo que está haciendo, para oír a ese Dios que habla en las "pequeñas cosas" y a quien no siempre damos importancia.

✚ Son muchas las "voces" que oímos todos los días, vendiendo propuestas de vida y de felicidad. Muchas veces, esas "voces" nos confunden, nos alienan y nos conducen por caminos donde la felicidad no está.

¿Cómo identificar la voz de Dios en medio de las voces que día a día escuchamos y que nos sugieren una colorista multiplicidad de caminos y de propuestas?

Samuel no identificó la voz de Dios sólo, sino que acudió pidiendo ayuda al sacerdote Elí. En verdad, aquellos que comparten con nosotros la misma fe y que recorren nuestro mismo camino, pueden ayudarnos a identificar la voz de Dios. Nuestra comunidad cristiana, nuestra comunidad religiosa, nos desafía, nos interpela, nos cuestiona, nos ayuda a purificar nuestras opciones y a percibir los caminos que Dios nos propone.

✚ Después de identificar esa "voz" misteriosa que se le dirigía, Samuel respondió: "Habla Señor, que tu siervo escucha". Es la expresión de una total disponibilidad, apertura y entrega hacia los desafíos y las llamadas de Dios. Es evidente que, en la figura de Samuel, el catequista bíblico propone la actitud paradigmática que deben asumir todos aquellos a quienes Dios llama.

¿Cómo me sitúo ante las llamadas y los desafíos de Dios? ¿Con obstinado rechazo, con un "sí" reticente, con total disponibilidad y entrega?

Salmo responsorial

Salmo 39, 2 - 10

Vl. Aquí estoy, Señor,
para hacer tu voluntad.

**R/. Aquí estoy, Señor,
para hacer tu voluntad.**

Vl. Yo esperaba con ansia al Señor;
él se inclinó y escuchó mi grito;
me puso en la boca un cántico nuevo,
un himno a nuestro Dios.

**R/. Aquí estoy, Señor,
para hacer tu voluntad.**

Vl. Tú no quieres sacrificios ni ofrendas,
y, en cambio, me abriste el oído;
no pides sacrificio expiatorio.

**R/. Aquí estoy, Señor,
para hacer tu voluntad.**

Vl. Entonces yo digo: «Aquí estoy
—como está escrito en mi libro—
para hacer tu voluntad.»
Dios mío, lo quiero,
y llevo tu ley en las entrañas.

**R/. Aquí estoy, Señor,
para hacer tu voluntad.**

Vl. He proclamado tu salvación
ante la gran asamblea;
no he cerrado los labios;
Señor, tú lo sabes.

**R/. Aquí estoy, Señor,
para hacer tu voluntad.**

SEGUNDA LECTURA

Vuestros cuerpos son miembros de Cristo

**Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo
a los Corintios
6, 13c-15a.17-20**

Hermanos:

El cuerpo no es para la fornicación,
sino para el Señor;
y el Señor, para el cuerpo.

Dios, con su poder, resucitó al Señor
y nos resucitará también a nosotros.

¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?
El que se une al Señor es un espíritu con él.

Huid de la fornicación.

Cualquier pecado que cometa el hombre
queda fuera de su cuerpo.

Pero el que fornicar peca en su propio cuerpo.

¿O es que no sabéis que vuestro cuerpo
es templo del Espíritu Santo?

Él habita en vosotros porque lo habéis recibido de Dios.

No os poseéis en propiedad,
porque os han comprado pagando un precio por vosotros.
Por tanto, ¡glorificad a Dios con vuestro cuerpo!

Palabra de Dios.

2.1. Ambientación

En el transcurso de su segundo viaje misionero, Pablo llegó a Corinto, después de atravesar buena parte de Grecia, y se quedó casi 18 meses (años 50-52).

De acuerdo con Hechos 18,2-4, Pablo comenzó a trabajar en casa de Priscila y Aquila, una casa de judeo cristianos. El sábado tomaba la palabra en la sinagoga. Con la llegada a Corinto de Silvano y de Timoteo (cf. 2 Cor 1,19; Hch 18,5), Pablo se consagró íntegramente al anuncio del Evangelio. Pero no tardó en entrar en conflicto con los judíos y fue expulsado de la sinagoga.

Corinto, ciudad nueva y próspera, era la capital de la Provincia romana de Acaya y la sede del procónsul romano. Con dos puertos marítimos, poseía las características típicas de las ciudades marítimas: población de todas las razas y de todas las religiones. Era la ciudad del libertinaje para todos los marineros que cruzaban el Mediterráneo, ávidos de placer, tras meses de navegación. En la época de Pablo, la ciudad contaba con alrededor de 500.000 personas, de las cuales dos tercios eran esclavos. La riqueza escandalosa de algunos contrastaba con la miseria de la mayoría.

Como resultado de la predicación de Pablo, nació una comunidad cristiana en Corinto. La mayor parte de los miembros de la comunidad eran de origen griego, y en general, de condición humilde (cf. 1 Cor 11,26-29; 8,7; 10,14.20; 12,2); pero también había elementos de origen hebreo (cf. Hch 18,8; 1 Cor 1,22-24; 10,32; 12,13).

En general, la comunidad era viva y fervorosa; sin embargo, estaba expuesta a los peligros de un ambiente corrupto: moral disoluta (cf. 1 Cor 6,12-20; 5,1-2), querellas, disputas, luchas (cf. 1 Cor 1,11-12), seducción de la sabiduría filosófica de origen pagano que se introducía en la Iglesia revestida de un superficial barniz cristiano (cf. 1 Cor 1,19-2,10).

Se trataba de una comunidad fuerte y vigorosa, pero que hundía sus raíces en terrero adverso. En el centro de la ciudad, el templo de Afrodita, la diosa griega del amor, atraía a los peregrinos y favorecía el libertinaje sexual y los desórdenes morales. Los cristianos, naturalmente, vivían envueltos por este mundo y acababan por transportar a la comunidad algunos de los vicios de la cultura ambiente. En la comunidad de Corinto vemos las dificultades que atraviesa la fe cristiana al insertarse en un ambiente hostil, marcado por una cultura pagana y por un conjunto de valores que están en profunda contradicción con el mensaje evangélico.

En 1Cor 6,12 aparece una frase, posiblemente del mismo Pablo, que servía a algunos cristianos de Corinto para justificar sus excesos: "Todo me está permitido"... Pablo explica que "todo me está permitido", pero no todo es conveniente; "todo me está permitido", pero yo no me haré esclavo de nada". En la secuencia, Pablo recuerda a los creyentes de la comunidad algunas de las exigencias de su adhesión a Cristo.

2.2. Mensaje

La cuestión fundamental, para Pablo, es esta: por el Bautismo, el cristiano se convierte en miembro de Cristo y forma con él un único cuerpo. A partir de ese momento, los pensamientos, las palabras, las actitudes del cristiano deben ser las de Cristo y deben

testimoniar, ante el mundo, al propio Cristo. En el "cuerpo" del cristiano se manifiesta, por tanto, la realidad del "cuerpo" de Cristo.

Por otro lado, el cristiano se convierte, también, en Templo del Espíritu. Para los judíos, el "templo" de Jerusalén era el lugar donde Dios residía en el mundo y se manifestaba a su Pueblo. Decir que los cristianos son "Templo del Espíritu", significa que ellos son, ahora, el lugar donde reside y se manifiesta la vida de Dios. En el Bautismo, el cristiano recibe el Espíritu de Dios; y es ese Espíritu el que va, a partir de ese instante, a conducirlo por los caminos de la vida, a inspirar sus pensamientos, a condicionar sus acciones y comportamientos.


Aquí están los elementos fundamentales de la antropología cristiana. El "cuerpo" es el lugar donde se manifiesta históricamente la realidad de esa vida nueva que inunda al creyente, después de su adhesión a Cristo. El "cuerpo" no es algo despreciable, bajo, miserable, condenado, en la línea de lo que pensaban algunas corrientes filosóficas bien representadas en la ciudad de Corinto, sino que es algo que tiene una suprema dignidad, pues en él se manifiesta para el mundo la realidad de la vida de Dios. En el "cuerpo" del cristiano que vive en comunión con Cristo se manifiesta, a través de las palabras y de las acciones del creyente, esa vida nueva que Dios quiere proporcionar al mundo y ofrecer a los hombres.

De aquí, Pablo saca las consecuencias y las aplica a la situación concreta de los creyentes de Corinto, tentados por comportamientos poco edificantes, particularmente en la vivencia de la sexualidad. Si los cristianos son miembros de Cristo y si viven en comunión con Cristo, los comportamientos desordenados en el orden de la sexualidad no tienen sentido ninguno; si los cristianos son "Templo del Espíritu" y sus cuerpos son el lugar donde se manifiesta la vida nueva de Dios, ciertas actitudes y hábitos desordenados no son dignos de los creyentes.

En el "cuerpo" de los cristianos debe manifestarse la vida de Dios. Ahora, todo aquello que es expresión del egoísmo, de la búsqueda desenfrenada de los propios intereses, de la realización descontrolada de los propios caprichos, de comportamientos que utilizan e instrumentalizar al otro, está en absoluta contradicción con esa vida nueva de Dios que es relación, que es intercambio, que es entrega mutua, que es compromiso, que es amor verdadero. Los creyentes son libres, pero la libertad cristiana tiene como límite el propio Cristo: nada de lo que contradiga los valores y el proyecto de Jesús puede ser aceptado por el cristiano. Además, los creyentes deben tener conciencia de que una libertad llevada al extremo acaba, frecuentemente, en esclavitud.

Nuestro texto termina con una invitación singular: "¡glorificad a Dios con vuestro cuerpo!" (v. 20). Es a través de comportamientos y actitudes donde se manifiesta la realidad de la vida nueva de Jesús, desde donde los creyentes pueden "dar culto, glorificar" a Dios. El "culto" a Dios no pasa por la práctica de un conjunto de ritos externos, más o menos pomposos, más o menos solemnes, sino por un compromiso de vida que afecta a la persona entera y que se refiere a la relación del creyente con los otros hermanos y consigo mismo. Es preciso que en todas las circunstancias, y por supuesto en el campo de la vivencia de la sexualidad, la vida del creyente sea entrega, servicio, donación, respeto, amor verdadero. Ese es el culto que Dios exige.

2.3. Actualización

 La cuestión esencial que Pablo nos presenta es la siguiente: Dios nos llama a acoger la vida nueva que él nos ofrece y a dar testimonio de ella en cada momento de nuestra vida. La Palabra de Dios que se nos propone nos invita, antes de nada, a tomar conciencia de esa

llamada y a aceptar "embarcarse" en ese viaje que Dios nos propone y que nos conduce al encuentro de la verdadera libertad y de la verdadera realización.

✚ Acoger la llamada de Dios significa asumir, en todos los momentos y circunstancias, comportamientos coherentes con nuestra opción por Cristo y por el Evangelio. Nada que sea egoísmo, explotación del otro, abuso de los derechos y de la dignidad del otro, búsqueda desordenada del bien propio a costa del otro, puede formar parte de la vida del cristiano. El cristiano es alguien que se compromete a ser un signo vivo de Dios, y a testimoniar ante el mundo, con palabras y con gestos, esa vida de amor, de servicio, de donación, de entrega que Dios, en Jesús, nos propone. Miembro del "cuerpo" de Cristo, el cristiano es "cuerpo" en el cual se manifiesta la propuesta del propio Cristo para los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Esto nos obliga a nosotros, los creyentes, a comportamientos coherentes con nuestro compromiso bautismal.

✚ A propósito de esto, Pablo presenta el problema de la vivencia de la sexualidad. Esa importante dimensión de nuestra realización como personas, no puede realizarse a través de acciones egoístas, que nos esclavizan a nosotros y que instrumentalizan a los otros, sino que tienen que concretarse en un ambiente de amor verdadero, de relación, de entrega mutua, de compromiso, de respeto absoluto por el otro y por su dignidad. En este campo surgen, con alguna frecuencia, denuncias de comportamientos y actitudes, dentro y fuera de la Iglesia, que afectan e injurian a víctimas inocentes del egoísmo de los hombres. Esos actos se encuadran en el contexto de la fragilidad que marca nuestra humanidad y demuestran también la necesidad de una continua conversión a Cristo y a sus valores. Para el cristiano, todo lo que signifique explotar a los hermanos o no respetar su dignidad e integridad, es un comportamiento prohibido.

✚ Es importante, para los creyentes, tener conciencia de que la libertad no es un valor absoluto. La libertad cristiana no puede traducirse en comportamientos y opciones que subviertan los valores del Evangelio y que nieguen nuestra opción fundamental por Cristo. Una cierta mentalidad actual considera que sólo nos realizaremos plenamente si podemos hacer todo lo que nos apetece. Con todo, el cristiano tiene que ser consciente de que "no todo le conviene". Además, ciertas opciones contrarias a los valores del Evangelio no conducen a la libertad, sino a la dependencia y a la esclavitud.

✚ ¿Cuál es el verdadero "culto" que Dios pide? ¿Cómo traducimos, en gestos concretos, nuestra adhesión a Dios? Pablo sugiere que el verdadero culto, el culto que Dios espera, es una vida coherente con los compromisos que asumimos con él, traducida en gestos concretos de amor, de entrega, de donación, de respeto por el otro y por su dignidad.

Aleluya

Jn 1, 41. 17b

Hemos encontrado al Mesías, que es Cristo;
la gracia y la verdad vinieron por medio de él.

EVANGELIO

Vieron dónde vivía y se quedaron con él

Lectura del santo evangelio según san Juan

1, 35 - 42

En aquel tiempo, estaba Juan con dos de sus discípulos y, fijándose en Jesús que pasaba, dice:

— «Éste es el Cordero de Dios.»

Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús.

Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les pregunta:

— «¿Qué buscáis?»

Ellos le contestaron:

— «Rabí (que significa Maestro), ¿dónde vives?»

Él les dijo:

— «Venid y lo veréis.»

Entonces fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día; serían las cuatro de la tarde.

Andrés, hermano de Simón Pedro,

era uno de los dos que oyeron a Juan y siguieron a Jesús;

encuentra primero a su hermano Simón y le dice:

— «Hemos encontrado al Mesías (que significa Cristo).»

Y lo llevó a Jesús.

Jesús se le quedó mirando y le dijo:

— «Tú eres Simón, el hijo de Juan;

tú te llamarás Cefas (que se traduce Pedro).»

Palabra del Señor.

3.1. Ambientación

La perícopa que se nos propone forma parte de la sección introductoria del Cuarto Evangelio (cf. Jn 1,19-3,36). El autor, con consumada maestría, intenta responder a la cuestión: "¿Quién es Jesús?"

Juan dispone las piezas en un cuadro escénico. Los diversos personajes que van entrando en el escenario, intentan presentar a Jesús. Uno a uno, los actores llamados al escenario por Juan, van haciendo afirmaciones cargadas de significado teológico sobre Jesús. El cuadro final que resulta de estas diversas intervenciones, presenta a Jesús como el Mesías, Hijo de Dios, que posee el Espíritu y que vino al encuentro de los hombres para hacer aparecer el Hombre Nuevo, nacido del agua y del Espíritu.

Juan Bautista, el profeta / precursor del Mesías, desempeña aquí un papel especial en la presentación de Jesús (su testimonio aparece en el inicio y en el final de la sección cf. Jn 1,19-37; 3,22-26). Va a definir a aquel que llega y a presentarlo a los hombres.

Nuestro texto nos presenta a los primeros tres discípulos de Jesús: Andrés, otro discípulo no identificado y Simón Pedro. Los dos primeros son presentados como discípulos de Juan, y es por indicación de Juan por lo que siguen a Jesús. Se trata de un cuadro de vocación que difiere sustancialmente de los relatos de vocación de los primeros discípulos presentados por los sinópticos (cf. Mt 4,18-22; Mc 1,16-20; Lc 5,1-11). Más que de un reportaje realista de los acontecimientos, el autor del Cuarto Evangelio presenta aquí un modelo de llamada y de seguimiento de Jesús.

3.2. Mensaje

En un primer momento, el cuadro nos sitúa junto al río Jordán (vv. 35-37). Los tres primeros personajes en escena son Juan y dos de sus discípulos, esto es, dos hombres que habían escuchado el anuncio de Juan y recibido su bautismo, símbolo de ruptura con la "vida vieja" y de adhesión al Mesías esperado. Estos dos discípulos de Juan son, por tanto, hombres que, debido al testimonio de Juan, ya se adhieren a ese Mesías que está por llegar y que esperan ansiosamente su entrada en escena.

Entretanto, aparece Jesús. Juan vio a Jesús "que pasaba" y le señaló a sus dos discípulos, diciendo: "él es el cordero de Dios" (v. 36). Juan es una figura estática, cuya misión es meramente circunstancial y consiste solamente en preparar a los hombres para acoger al Mesías liberador; cuando ese Mesías "pasa", la misión de Juan termina y comienza una nueva realidad. Juan es plenamente consciente de eso. No intenta alargar su protagonismo o conservar en su círculo restringido a esos discípulos que durante algún tiempo lo escucharon y que bebieron de su mensaje. Él sabe que su misión no es congregar a su alrededor a un grupo de adeptos, sino preparar el corazón de los hombres para acoger a Jesús y su propuesta liberadora. Por eso muestra a Jesús a sus discípulos y les invita a seguirle.

La expresión "es el cordero de Dios", usada por Juan para presentar a Jesús hace, probablemente, referencia al "cordero pascual", símbolo de la liberación ofrecida por Dios a su Pueblo, prisionero en Egipto (cf. Ex 12,3-14,21-28). Esta expresión define a Jesús como el enviado de Dios, que viene a inaugurar la nueva Pascua y a realizar la liberación definitiva de

los hombres. La misión de Jesús consiste, por tanto, en eliminar las cadenas de egoísmo y del pecado que aprisionan a los hombres esclavizándolos y que les impide llegar a la vida plena.

Después de la declaración de Juan, los discípulos reconocen en Jesús a ese Mesías con una propuesta de vida verdadera y le siguen. "Seguir a Jesús" es una expresión técnica que el autor del Cuarto Evangelio aplica, con frecuencia, a los discípulos (cf. Jn 1,43; 8,12; 10,4; 12,26; 13,36; 21,19). Significa caminar tras de Jesús, recorrer el mismo camino de amor y de entrega que él recorrió, adoptar los mismos objetivos de Jesús y colaborar con él en la misión. La reacción de los discípulos es inmediata. No hay aquí lugar para dudas, para disculpas, para consideraciones que aplacen la decisión, para peticiones de explicaciones, para buscar garantías. Simplemente, "siguen" a Jesús.

En un segundo momento, el cuadro nos presenta un diálogo entre Jesús y los dos discípulos (vv. 38-39). La pregunta inicial de Jesús, "¿qué buscáis?", sugiere que es importante para los discípulos tener conciencia del objetivo que persiguen, de lo que esperan de Jesús, de aquello que Jesús les puede ofrecer. El autor del Cuarto Evangelio insinúa aquí, tal vez, que hay quien sigue a Jesús por motivos equivocados, buscando en él la realización de objetivos personales que están muy lejos de la oferta que Jesús vino a hacer.

Los discípulos responden con una pregunta, "¿rabí, dónde moras?". En ella está implícita su voluntad de unirse totalmente a Jesús, de aprender con él, de habitar con él, de establecer comunión de vida con él.

Al llamarle "rabí", indican que están dispuestos a seguir sus instrucciones, a aprender con él un modo de vida; la referencia a la "morada" de Jesús, indica que ellos están dispuestos a quedarse con Jesús, a compartir su vida, a vivir bajo su influencia. Es una afirmación respetuosa de adhesión incondicional a Jesús y a su seguimiento.

Jesús les invita: "venid y veréis". La invitación de Jesús significa que acepta la pretensión de los discípulos y les invita a seguirlo, a aprender con él, a compartir su vida. Los discípulos deben "ir" y "ver", pues la identificación con Jesús no es algo a lo que se llega por la simple información, sino algo que se alcanza solamente por la experiencia personal de comunión y de encuentro con él.

Los discípulos aceptan la invitación y hacen la experiencia del compartir la vida con Jesús. Esa experiencia directa les convence para quedarse con Jesús ("se quedaron con él ese día"). Nace, así, la comunidad del Mesías, la comunidad de la nueva alianza. Es la comunidad de aquellos que encuentran a Jesús que pasa, buscan en él la verdadera vida y la verdadera libertad, se identifican con él, aceptan seguirlo por su camino de amor y de entrega, están dispuestos a una vida de total comunión con él.

En un tercer momento (vv. 40-41), los discípulos se convierten en testigos. Es el último paso de este "camino vocacional": quien encuentra a Jesús y experimenta la comunión con él, no puede dejar de convertirse en testigo de su mensaje y de su propuesta liberadora. Se trata de una experiencia tan impactante, que traspasa los límites estrechos del propio yo y se vuelve anuncio libertador para los hermanos. El encuentro con Jesús, si es verdadero, conduce siempre a una dinámica misionera.

3.3. Actualización

✚ El Evangelio de este Domingo, nos dice, antes de nada, qué es ser cristiano. La identidad cristiana no está en la simple pertenencia jurídica a una institución llamada "Iglesia", ni en la recepción de determinados sacramentos, ni en la militancia en ciertos movimientos eclesiales, ni en la observancia de ciertas reglas de comportamiento... El cristiano es, sencillamente, aquel que acoge la llamada de Dios a seguir a Jesucristo.

✚ ¿Qué es en concreto seguir a Jesús? Es ver en él al Mesías libertador con una propuesta de vida verdadera y eterna, aceptar convertirse en su discípulo, seguirle por el camino del amor, de la entrega, de la donación de la vida, aceptar el desafío de entrar en su casa y vivir en comunión con él.

✚ Nuestro texto sugiere, también, que esa adhesión sólo puede ser radical y absoluta, sin medias tintas ni vacilaciones. Los dos primeros discípulos no discutieron lo "ordenado", si la aventura tenía futuro o si estaba condenada al fracaso, si el abandono de un maestro para seguir a otro representaba una promoción o una pérdida de categoría, si lo que dejaban atrás era importante o no era importante; simplemente "siguieron a Jesús", sin garantías, sin condiciones, sin explicaciones superfluas, sin "seguros de vida", sin preocuparse por asegurar su futuro si la aventura fuera un fracaso. La aventura de la vocación es siempre un salto, decidido y sereno, hacia los brazos de Dios.

✚ La historia de la vocación de Andrés y del otro discípulo (alertados por Juan Bautista para descubrir la presencia del Mesías) muestra, aún, la importancia del papel de los hermanos de nuestra comunidad en nuestro descubrimiento de Jesús. La comunidad nos ayuda a tomar conciencia de ese Jesús que pasa y nos señala el camino del seguimiento. Los retos de Dios resuenan, tantas veces, en nuestra vida a través de los hermanos que nos rodean, de sus indicaciones, del compartir que ellos hacen con nosotros y que prepara nuestro corazón para reconocer a Jesús y para seguirle. Es en la escucha de nuestros hermanos como encontramos, tantas veces, las propuestas que el mismo Dios nos realiza.

✚ El encuentro con Jesús nunca es un camino cerrado, personal y sin consecuencias comunitarias... Es un camino que tiene que llevarnos al encuentro de los hermanos y que debe convertirse, en cualquier tiempo y en cualquier circunstancia, en anuncio y testimonio. Quien experimenta la vida y la libertad que Cristo ofrece, no puede callar ese descubrimiento, sino que debe sentir la necesidad de compartirlo con los otros, a fin de que también ellos puedan encontrar el verdadero sentido de su existencia. "Hemos encontrado al Mesías" debe ser el anuncio jubiloso de quien hace una verdadera experiencia de vida nueva y verdadera y tiene ansias de llevar a los hermanos un descubrimiento semejante.

✚ Juan Bautista nunca intentó dirigir la atención hacia su propia persona y crear un grupo de adeptos o seguidores que satisficieran su vanidad o su ansia de protagonismo... Su preocupación fue únicamente preparar el corazón de sus conciudadanos para acoger a Jesús. Después, se retiró discretamente a la sombra, dejando que los proyectos de Dios siguieran su curso. Él nos enseña a no convertirnos nunca en protagonistas, a no atraer sobre nosotros la atención de los demás; nos enseña a ser testigos de Jesús, no de nosotros mismos.

ALGUNAS SUGERENCIAS PRÁCTICAS PARA EL 2º DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

1. La liturgia meditada a lo largo de la semana.

A lo largo de los días de la semana anterior este día, intentad meditar la Palabra de Dios de este segundo domingo del tiempo ordinario. Meditadla personalmente, una lectura cada día, por ejemplo. Elegid un día de la semana para la meditación comunitaria de la Palabra: en un grupo parroquial, en un grupo de padres, en un grupo de un movimiento eclesial, en una comunidad religiosa.

2. Palabra de vida

Reunión de familia. La voz del Padre profiere unas palabras de ternura: “Tú eres mi hijo bien amado, en ti he puesto todo mi amor”. Como si el Hijo tuviese necesidad de oír decir que era amado por su Padre... La efusión es del Espíritu para que el soplo de vida y de libertad que el Hijo vino a divulgar sobre la tierra sea el soplo del Espíritu, en soplo que no guardará para sí, pues en Pentecostés derramará sobre los apóstoles. La solidaridad es la del Hijo para manifestar su humanidad. Es verdaderamente hombre, hombre en medio de los hombres, compartiendo la condición humana, excepto el pecado.

3. ALGO QUE LLAMA LA ATENCIÓN

Prestar atención a la oración universal.

En la oración universal, los fieles ejercen la función sacerdotal que recibieron en el Bautismo. Sería bueno, de vez en cuando, hacer más solemne este momento y subrayar que no se trata únicamente de alinear una serie de intenciones. Para dar más importancia a la oración, aquellos que la expresan pueden situarse rodillas ante el altar a los pies de la cruz. Algunas personas puede acompañarles, en silencio, y manteniendo con sencillez las manos levantadas durante la oración.

4. PARA LA SEMANA QUE COMENZAMOS

“Aquí estoy”

Mi respuesta a la manera de Samuel. ¿Cómo, bajo qué forma, no necesariamente explícita, fue realizada esta respuesta? ¿Qué elecciones más o menos importantes provocó? ¿Qué consecuencias tenía que tener? ¿Qué balance se debe hacer hoy? ¿Hago regularmente una valoración espiritual? Esta semana, volved a decir “aquí estoy”, con generosidad, libertad y alegría.

5. UN PUNTO DE REFLEXIÓN. Día Mundial del Emigrante y el Refugiado.

Este Domingo se celebra la Jornada Mundial del Emigrante y del Refugiado (antes se celebraba en Agosto). Sería bueno reflexionar brevemente el mensaje que el Papa Benedicto XVI dirige este día, bajo el título “Migraciones: signo de los tiempos”, donde nos ofrece interpelaciones pertinentes sobre esta realidad. Nadie puede quedar indiferente.

MENSAJE DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI PARA LA XCII JORNADA MUNDIAL DEL EMIGRANTE Y EL REFUGIADO (15 DE ENERO DE 2006)

"Migraciones: signo de los tiempos"

Queridos hermanos y hermanas:

Hace cuarenta años se concluía el concilio ecuménico Vaticano II, cuya rica enseñanza abarca numerosos campos de la vida eclesial. En particular, la constitución pastoral [*Gaudium et spes*](#) realizó un atento análisis de la compleja realidad del mundo contemporáneo, buscando los modos más adecuados para llevar a los hombres de hoy el mensaje evangélico. Con ese fin, acogiendo la invitación del beato Juan XXIII, los padres conciliares se esforzaron por escrutar los signos de los tiempos, interpretándolos a la luz del Evangelio, para brindar a las nuevas generaciones la posibilidad de responder adecuadamente a los interrogantes perennes sobre el sentido de la vida presente y futura, y sobre el planteamiento correcto de las relaciones sociales (cf. [*Gaudium et spes*](#), 4). Entre los signos de los tiempos reconocibles hoy se pueden incluir ciertamente las migraciones, un fenómeno que a lo largo del siglo recién concluido asumió una configuración, por decirlo así, estructural, transformándose en una característica importante del mercado del trabajo a nivel mundial, como consecuencia, entre otras cosas, del fuerte impulso ejercido por la globalización. Naturalmente, en este "signo de los tiempos" confluyen diversos componentes. En efecto, comprende las migraciones internas y las internacionales, las forzadas y las voluntarias, las legales y las irregulares, también sujetas a la plaga del tráfico de seres humanos. Y no se puede olvidar la categoría de los estudiantes extranjeros, cuyo número aumenta cada año en el mundo.

Con respecto a los que emigran por motivos económicos, cabe destacar el reciente hecho de la "feminización" del fenómeno, es decir, la creciente presencia en él de la mujer. En efecto, en el pasado, quienes emigraban eran sobre todo los hombres, aunque no faltaban nunca las mujeres; sin embargo, entonces ellas emigraban sobre todo para acompañar a sus respectivos maridos o padres, o para reunirse con ellos donde se encontraban ya. Hoy, aun siendo todavía numerosas esas situaciones, la emigración femenina tiende a ser cada vez más autónoma: la mujer cruza por sí misma los confines de su patria en busca de un empleo en el país de destino. Más aún, en ocasiones, la mujer emigrante se ha convertido en la principal fuente de ingresos para su familia. De hecho, la presencia femenina se da sobre todo en los sectores que ofrecen salarios bajos. Por eso, si los trabajadores emigrantes son particularmente vulnerables, entre ellos las mujeres lo son más aún. Los ámbitos de empleo más frecuentes para las mujeres son, además de los quehaceres domésticos, la asistencia a los ancianos, la atención a las personas enfermas y los servicios relacionados con el hospedaje en hoteles. En estos campos los cristianos están llamados a manifestar su compromiso en favor del trato justo a la mujer emigrante, del respeto a su feminidad y del reconocimiento de sus derechos iguales.

No se puede por menos de mencionar, en este contexto, el tráfico de seres humanos, sobre todo de mujeres, que prospera donde son escasas las oportunidades de mejorar la propia condición de vida, o simplemente de sobrevivir. Al traficante le resulta fácil ofrecer sus "servicios" a las víctimas, que con frecuencia no albergan ni la más mínima sospecha de lo que deberán afrontar luego. En algunos casos, hay mujeres y muchachas que son destinadas a ser explotadas, en el trabajo, casi como esclavas, y a veces incluso en la industria del sexo. Al no poder profundizar aquí el análisis de las consecuencias de esa migración, hago mía la condena que expresó Juan Pablo II contra "la difundida cultura hedonista y comercial que promueve la explotación sistemática de la sexualidad" ([Carta a las mujeres](#), 29 de junio de 1995, n. 5). Aquí se halla todo un programa de redención y liberación, del que los cristianos no pueden desentenderse.

Por lo que atañe a la otra categoría de emigrantes, la de los que piden asilo y de los refugiados, quisiera destacar que en general se suele afrontar el problema constituido por su ingreso, sin interrogarse también acerca de las razones que los han impulsado a huir de su país de origen. La Iglesia contempla este mundo de sufrimiento y de violencia con los ojos de Jesús, que se conmovía ante el espectáculo de las muchedumbres que andaban errantes como ovejas sin pastor (cf. Mt 9, 36). Esperanza, valentía, amor y también "creatividad de la caridad" ([Novo millennio ineunte](#), 50) deben impulsar el necesario compromiso, humano y cristiano, para socorrer a estos hermanos y hermanas en sus sufrimientos. Sus Iglesias de origen deben manifestarles su solicitud con el envío de asistentes de su misma lengua y cultura, en diálogo de caridad con las Iglesias particulares de acogida.

Por último, a la luz de los actuales "signos de los tiempos", merece particular atención el fenómeno de los estudiantes extranjeros. Su número, también gracias a los "intercambios" entre las diversas universidades, especialmente en Europa, registra un aumento constante, con los consiguientes problemas, también pastorales, que la Iglesia no puede descuidar. Esto vale de modo especial para los estudiantes procedentes de los países en vías de desarrollo, para los cuales la experiencia universitaria puede constituir una ocasión extraordinaria de enriquecimiento espiritual.

A la vez que invoco la asistencia divina para quienes, impulsados por el deseo de contribuir a la promoción de un futuro de justicia y paz en el mundo, trabajan con empeño en el campo de la pastoral al servicio de la movilidad humana, envío a todos, como prenda de afecto, una especial bendición apostólica.

Vaticano, 18 de octubre de 2005